

Episodio 9

Sabiduría y necesidad evangélicas

Reglas para hacer una buena elección

Texto de San Ignacio de Loyola

Queridos amigos, os enviamos el texto completo de San Ignacio donde explica cuáles son las elecciones de los sabios, frente a los "necios" según el Evangelio. Se puede hacer en un momento de oración, silencio y recogimiento. Es una verdadera ayuda para que nuestras elecciones estén fundadas en Dios.

Texto de San Ignacio del libro de los Ejercicios Espirituales:

PREÁMBULO PARA HACER UNA ELECCIÓN.

Para hacer una buena elección, en cuanto depende de mí, es necesario que mi intención sea pura y se dirija sólo al fin para el que he sido creado, es decir, la alabanza de Dios nuestro Señor y la salvación de mi alma. Por tanto, cualquiera que sea mi elección, debe ser tal que me ayude a alcanzar el fin para el que he sido creado, no subordinando o doblegando el fin a los medios, sino los medios al fin. Pues sucede que muchos eligen primero casarse y luego servir a Dios en el matrimonio, siendo así que casarse es un medio y servir a Dios es el fin; del mismo modo hay otros que desean primero obtener beneficios eclesiásticos y luego servir a Dios en ellos. De este modo no van directamente a Dios, sino que quieren que Dios venga directamente a sus afectos desordenados; así hacen del fin un medio y de los medios un fin, y lo que deberían poner en primer lugar, lo ponen en último lugar. Por lo tanto, debo poner primero el deseo de servir a Dios, que es el fin, y después, si es más conveniente, recibir un beneficio o tomar una esposa, que son medios para el fin. Nada, pues, debe inducirme a tomar estos medios o a renunciar a ellos, sino únicamente el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor y la salvación eterna de mi alma.

CONSIDERACIÓN PARA SABER SOBRE QUÉ SE HA DE HACER LA ELECCIÓN: COMPRENDE CUATRO PUNTOS Y UNA NOTA.

Primer punto. Es necesario que todo aquello sobre lo que se quiere hacer la elección sea indiferente o bueno en sí mismo, y que sea aprobado por la Santa Madre Iglesia Jerárquica, y no malo o contrario a ella.

Segundo punto. Algunas cosas son objeto de elección inmutable, como el sacerdocio y el matrimonio; otras son objeto de elección mutable, como aceptar los beneficios eclesiásticos o renunciar a ellos, aceptar los bienes terrenos o rechazarlos.

Tercer punto. Una vez hecha una elección inmutable, no puede ser anulada; por tanto, no hay nada más que elegir: así sucede, por ejemplo, para el matrimonio y el sacerdocio. Sólo hay que advertir que si esta elección no se ha hecho correcta y adecuadamente, es decir, sin ningún afecto desordenado, hay que arrepentirse y comprometerse a llevar una vida honesta en ese estado elegido. No parece que tal elección sea una vocación divina, porque está desordenada y distorsionada; por eso se equivocan muchos que consideran una elección distorsionada y mala como una vocación divina; pues toda vocación divina es siempre pura y clara, sin mezclar con ella la búsqueda de riquezas ni ningún otro afecto desordenado.

Cuarto punto. Si alguien ha hecho una elección mutable correcta y rectamente, es decir, sin fines mundanos o mundanales, no hay razón para que vuelva a hacer la elección, sino para que se perfeccione en cuanto pueda en la elección que ha hecho.

Nota. Cuando la elección mutable no se ha hecho con sinceridad y en la debida forma, conviene hacerla de nuevo correctamente, si se quiere sacar de ella fruto abundante y muy agradable a Dios nuestro Señor. [TRES VECES HAY QUE HACER, EN CADA UNA DE ELLAS, UNA ELECCIÓN SANA Y BUENA.

La primera vez es cuando Dios nuestro Señor mueve y atrae la voluntad, de tal manera que el fiel cumple lo que se le propone sin incertidumbre ni posibilidad de incertidumbre, como hicieron San Pablo y San

Mateo siguiendo a Cristo nuestro Señor.

El segundo tiempo es cuando se adquiere suficiente claridad de ideas, por la experiencia de los consuelos y el discernimiento de los diversos espíritus.

El tercer tiempo es un tiempo de quietud: es cuando se considera ante todo para qué fin ha nacido el hombre, es decir, para alabar a Dios nuestro Señor y salvar su alma; y luego, deseando este fin, se elige como medio un estado de vida de entre los aprobados por la Iglesia, a fin de ser ayudado a servir al Señor y salvar su alma. Por tiempo tranquilo se entiende aquel en que el alma no está agitada por diversos espíritus y ejercita libre y tranquilamente sus facultades naturales.

Si no se hace la elección en el primer o segundo tiempo, se proponen dos maneras de hacerla en este tercer tiempo.

PRIMERA MANERA DE HACER UNA SANA Y BUENA ELECCIÓN: COMPRENDE SEIS PUNTOS.

Primer punto. Debo poner delante de mí aquello sobre lo que quiero hacer la elección, por ejemplo, un oficio o un beneficio que deba ser aceptado o rechazado, o cualquier otra cosa que esté sujeta a elección cambiabile.

Segundo punto. Debo tener presente el fin para el que he sido creado, que es alabar a Dios nuestro Señor y salvar mi alma; y al mismo tiempo debo permanecer indiferente, sin ningún afecto desordenado, de modo que no me sienta inclinado o aficionado a aceptar la cosa propuesta más bien que a rechazarla, o a rechazarla más bien que a aceptarla, sino que me mantenga equilibrado como el peso sobre el brazo de una estadia, para realizar lo que juzgue más útil para la gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y para la salvación de mi alma.

Tercer punto. He de pedir a Dios nuestro Señor que mueva mi voluntad y me haga entender lo que debo hacer sobre la cosa propuesta, para que sea para su mayor alabanza y gloria; y al mismo tiempo he de reflexionar bien y sinceramente con mi intelecto, y hacer la elección según su santísima y graciosa voluntad.

Cuarto punto. Debo considerar, razonando, qué ventajas o beneficios hay, únicamente en orden a la alabanza de Dios y a la salvación de mi alma, en tener el oficio o beneficio propuesto; y a la inversa considerar qué desventajas y peligros hay en tenerlo. Lo mismo debo hacer en la segunda parte, es decir, considerar ventajas y beneficios en no tenerlos, y a la inversa desventajas y peligros en no tenerlos.

Quinto punto. Habiendo examinado y evaluado así desde todos los puntos de vista la cosa propuesta, debo observar de qué lado se inclina más la razón, y decidirme por la cosa en cuestión siguiendo el mayor estímulo de la razón sin ninguna influencia de la sensibilidad.

Sexto punto. La persona que ha hecho tal elección o deliberación debe ir inmediatamente a orar ante Dios nuestro Señor y ofrecerle su elección, para que la divina Majestad la acepte y confirme, si es para su mayor servicio y alabanza.

SEGUNDO MODO DE HACER UNA SANA Y BUENA ELECCIÓN: COMPRENDE CUATRO REGLAS Y UNA NOTA.

Primera regla. El amor que me mueve e induce a elegir determinada cosa debe descender de lo alto, es decir, del amor de Dios, de modo que sienta ante todo que el mayor o menor amor a la cosa que elijo es sólo amor al Creador y Señor.

Segunda regla. He de imaginarme una persona a quien nunca he visto ni conocido y, deseando para ella lo más perfecto, considerar lo que le diría que hiciese y eligiese para mayor gloria de Dios nuestro Señor y mayor perfección de su alma; luego haré lo mismo, observando la regla que propongo a la otra.

Tercera regla. Debo considerar, como si estuviera a punto de morir, el criterio y la medida que entonces hubiera tenido en la presente elección; y regulándome así, tomaré firmemente mi decisión.

Cuarta regla. Debo imaginar y considerar cómo estaré en el día del juicio, pensando cómo entonces desearía haberme decidido sobre la cosa presente, y observaré ahora el criterio que entonces desearía haber seguido, para tener entonces plena satisfacción y gozo.

Nota. Habiendo observado las reglas precedentes, para mi eterna salvación y paz, haré mi elección y mi ofrenda a Dios nuestro Señor, según el sexto punto del primer modo de hacer la elección [183].

ENMENDAR Y REFORMAR EL PROPIO ESTADO DE VIDA.

Advertencia para los que están ligados a una dignidad eclesiástica o a un matrimonio, tengan o no muchos bienes terrenales. Si no tienen la posibilidad o la voluntad decidida de hacer elección sobre las cosas sujetas a elección mudable, es de gran provecho, en vez de proponerles la elección, presentarles un método para enmendar y reformar su propio estado de vida, dirigiendo su existencia y estado de vida a la gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y a la salvación de sus almas. Para alcanzar y lograr este fin, los que se hallan en tal condición deben considerar detenidamente, por medio de los ejercicios y modos de hacer la elección ya explicados [175-188], qué clase de casa y de criados deben tener, cómo dirigirla y gobernarla, cómo educarlos con la palabra y el ejemplo; asimismo también en cuanto a sus bienes, cuánto destinar a la familia y al hogar y cuánto distribuir a los pobres o en otras obras piadosas, sin desear ni buscar, en todo y por todo, otra cosa que la mayor alabanza y gloria de Dios nuestro Señor. Pues cada uno debe pensar que progresará en la vida espiritual tanto como se despoje del amor a sí mismo, de su propia voluntad y de su propio interés.